



## LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

*Una nueva fuerza ha entrado en el mundo, la que da el conocimiento del número y de la medida y trae consigo un mayor equilibrio moral.*

### CAPÍTULO X

IDENTIDAD PRIMITIVA, LUCHA ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN.

ESTADÍSTICA DE LOS CULTOS.

DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA. — CRISTIANDAD, ISLAM, BUDHISMO.

ANULACIÓN GRADUAL DE LOS DOGMAS.

REUNIÓN DE LAS FUERZAS RETRÓGRADAS HACIA LA CIUDADELA RELIGIOSA. — FRAILES Y MONJAS. — LA IGLESIA Y EL DINERO.

DOMINIO DE LA CIENCIA. — SABER POSITIVO Y MISTICISMO.

CIENCIA Y SABIOS.

**L**A evolución en que la humanidad se halla envuelta actualmente ha creado una oposición bien concreta, una guerra sin tregua, entre la ciencia, es decir, la investigación objetiva de la verdad, y el conjunto de los sentimientos, de las creencias y de las supervivencias fetichistas á que se llama religión. Uno de los caracteres esenciales de la era contemporánea consiste en esta

lucha encarnizada, representada por una literatura abundantísima. En vano algunos teólogos, versados al mismo tiempo en las ciencias profanas, protestan contra ese estado de cosas, promovido, no debieran olvidarlo, por Dios mismo, á creer el primer capítulo del *Genesis*. La religión prohíbe en él al hombre tocar el fruto del árbol de la Ciencia, harto sabroso para nosotros, y ahora la ciencia revela á su vez que los frutos de la religión no alimentan al hombre.

No obstante, esa antinomia irreductible, sostenida de una parte y de otra por ardientes campeones, es un hecho relativamente moderno, puesto que ciencia y religión se confundían en otro tiempo, como significando igualmente la investigación de las causas. El hombre no puede admitir que no comprende las apariencias del mundo que le rodea: quiere explicárselas á la fuerza, pero no se muestra difícil sobre las razones que se le dan y frecuentemente se contenta con una palabra, con palabras sin sentido, que después, en los dogmas religiosos, toman el nombre de «misterio». De ese modo, en su mismo origen, la investigación de la verdad se mezcla con errores y con un bagaje inútil de frases que nada significan. El culpable es el padre que responde á bulto á los «por qué» de su hijo, ó el hombre de genio que se equivoca sobre la explicación de los fenómenos de la naturaleza ambiente. Sin embargo, el uno y el otro fueron los primeros sabios para otros más ignorantes que ellos, y, en los pueblos primitivos, el piagé, el chamán, el mago, con cualquier nombre que se le designe, es á la vez maestro y sacerdote: los dos oficios no se han diferenciado aún. El que enseña por observación directa y da cuerpo á sus fantasías sobre el más allá, con una misma voz expone la verdad y la quimera.

Pero todo progreso en conocimientos debía producir forzosamente la separación de los elementos primitivos, convertidos en nuestros días en la religión y la ciencia. Todo descubrimiento preparaba una lucha entre el recién venido y el mago antiguo, al que la multitud había reconocido hasta entonces el privilegio del saber. El innovador revolucionario no podía renunciar á proclamar lo que creía ser la verdad, y mantenía su opinión frente á todos y contra aquellos cuyas enseñanzas se conformaban todavía con las antiguas fórmulas; por su parte, el conservador, al que los imprudentes venían á atacar en su posición y á amenazar su gloria, defendía enérgica-

mente los «derechos adquiridos», empleando todas las armas que tenía á su servicio, sobre todo las que eran bastante poderosas para suprimir la voz del adversario. Era la guerra á muerte entre la «verdad» de la víspera y la del día siguiente. La primera tenía para sí todo el ejército de la rutina; alrededor de la segunda se agrupaban los audaces que salen de los caminos trillados, y así de siglo en siglo, por segregaciones sucesivas, la humanidad se ha separado siempre en dos clases; no se trata de las que se han formado alrededor de la conquista material del pan, sino de la diferencia de opiniones respecto de la interpretación de las causas. Verdad es que, entre la mayoría, esa divergencia de las ideas coincidía con la rivalidad de los intereses; y sin embargo, ciertos móviles intelectuales intervenían en la lucha entre los formularios antiguos y las enseñanzas nuevas, presentadas bajo una forma más libre y con una mezcla más ó menos considerable de verdades observadas.

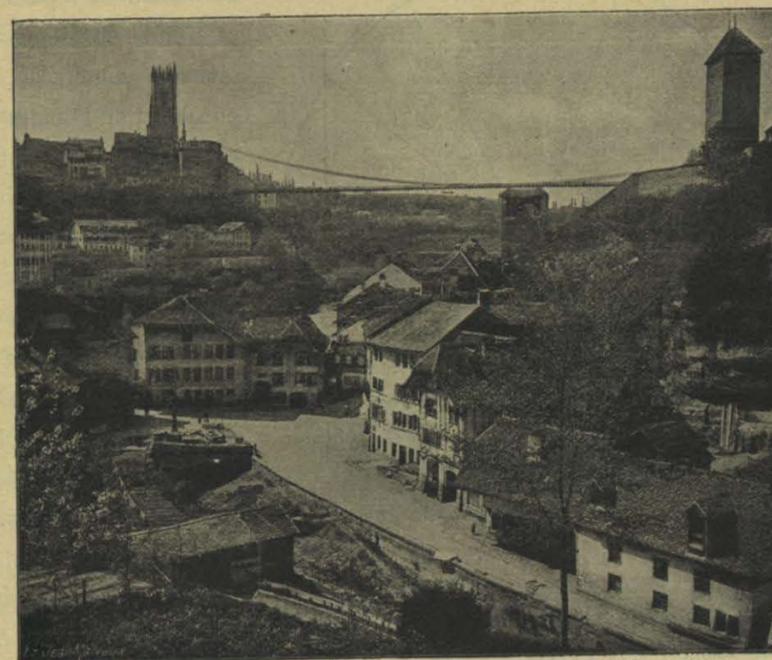
En nuestros días, el antagonismo ha tomado otro aspecto y un carácter más preciso que no tuvo jamás, porque no se trata ya de creencias en contradicción unas con otras y llevando ambas consigo la misma sanción divina á través de los tiempos: actualmente la religión sola se dirige á Dios como revelador de toda verdad, mientras que la ciencia, habiendo cortado el puente que unía el Hombre á lo Desconocido, busca la verdad en la observación de la Naturaleza, comprobada por la experiencia y guiada por ella de hipótesis en hipótesis. No hay, pues, conciliación posible entre los dos métodos de saber; uno adquirido sin esfuerzo, por un simple don del cielo, el otro obtenido por trabajo incesante, por una labor que se continúa hasta la muerte. Es preciso que el uno ceda al otro, y hasta se puede ya presentir á cuál de los dos corresponde el triunfo. Recientemente todavía, las tradiciones del pasado, apoyadas sobre los mandatos del Estado y sobre los preceptos de la enseñanza oficial, daban en todo la preferencia á la religión, exigencia legítima para los que veían en todo la voluntad de un dueño universal é interventor constante. Pero no sucede lo mismo en la sociedad civil, que aprende ya á administrarse por sí misma y que debe, por consecuencia, determinarse por una adaptación cada vez más íntima á las condiciones del medio. En ese caso, no es ya el primer lugar,

sino el lugar único al que la ciencia tiene derecho en el gobierno de los hombres. La religión, tomada en su sentido ordinario, no debe ya ser considerada sino como un conjunto de supervivencias que han de clasificarse en el museo de las antigüedades.

Ante todo, conviene no dar ningún sentido á las pretendidas estadísticas relativas á los sectarios de las religiones diversas. Cálculos de ese género sólo tienen valor cuando los individuos, en vez de ser contados en bloque por millones y millones según los registros de la población civil, fueran verdaderamente interrogados por psicólogos competentes: no profesa una fe sincera más que el hombre capaz de sufrir por ella. Si no, el menor interés, una vanidad cualquiera, hasta la perfecta indiferencia y el desprecio pueden ser las causas de la aceptación verbal de una supuesta fe. Así es como los Tziganos de todo país se supone que pertenecen á la religión dominante, aunque ignoren en absoluto las tradiciones y descuiden sus ceremonias. Del mismo modo en cada nación, y á pesar de la gran huella religiosa que presenta el conjunto de los individuos que la componen, la mayoría vive apartada de toda convicción personal, sin pensamiento, sin hipótesis relativas á los misterios del más allá, y se contenta con el funcionamiento de la inteligencia estrictamente indispensable á las ocupaciones usuales de la existencia. Se es católico ó protestante, musulmán, sintoista ó budhista porque se ha convenido en serlo en el país en que se habita. Sea por ignorancia de los unos, ó por indolencia de los otros, hasta se os designa por una denominación religiosa que no os corresponde: las estadísticas ordinariamente reúnen Japoneses, Chinos y Annamitas bajo el nombre genérico de budhistas, que no les conviene en manera alguna. (A. Myrial.)

Al menos en Inglaterra, donde los problemas religiosos apasionan mucho, aparte de los intereses de dominación política, la iniciativa privada ha formulado cuidadosamente la estadística de la asistencia media á los templos de todos los cultos y en todas las ciudades. Los totales obtenidos por esas enumeraciones precisas, prueban ciertamente que el número de cristianos, ó que se llaman y se creen tales, es muy considerable y constituyen la mayoría de la nación, porque á la tercera parte de la población que frecuenta las iglesias habría que añadir los niños, los enfermos, los ancianos,

los mal vestidos y los mal alimentados que no pueden ó que no osan presentarse en un lugar augusto como lo es un templo rodeado de misterios y de prolongados ecos. Los cristianos ingleses pueden, pues, afirmar sin que se les desmienta, que representan verdaderamente el término medio de la nación, y que ese medio es protestante; ¿pero está Francia justamente calificada de nación cató-



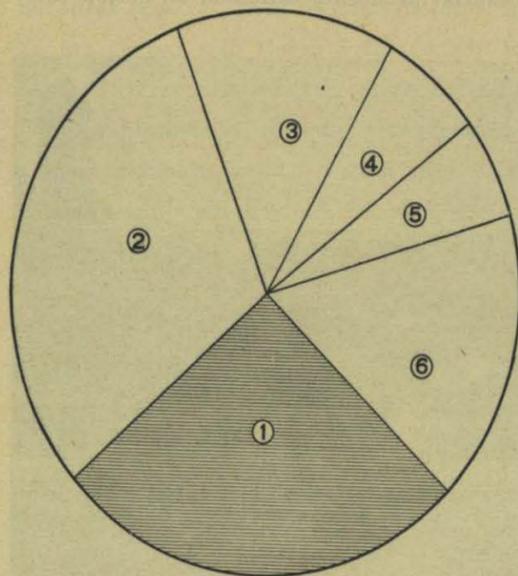
De la C.<sup>a</sup> Mono de Winterthur.

FRIBURGO — CIUDAD DE SUIZA

La ciudad baja sobre el Sarina está habitada por católicos de lengua alemana; la ciudad alta por protestantes de lengua francesa.

lica? Colocándose bajo otro punto de vista, ¿no se la puede calificar mejor de la «madre de las revoluciones?» Como quiera que sea, ningún documento permite decir en qué proporciones es Francia todavía católica, qué parte de supervivencias, romana, pagana, druidica, contiene actualmente la vida nacional. Ni siquiera se conoce el total de los que han sufrido la formalidad del bautismo y quiénes constan oficialmente registrados como miembros de la Iglesia. Se ignora también cuál es el número aproximado de los católicos de nacimiento, que frecuentan el culto: confesión, rezos, ayunos,

asistencia á las misas, en una parte de su existencia, aun contando los que suben las gradas del frontispicio de la iglesia para asistir á la salida de las damas. Según los optimistas del clero, especialmente un obispo de Annecy, cerca de diez millones de Franceses, ó sea la cuarta parte de la población, se uniría á la Iglesia católica



DISTRIBUCIÓN DE LOS CRISTIANOS INGLESES DE LAS PRINCIPALES SECTAS QUE TOMAN PARTE EN LA COMUNIÓN

1.º, católicos; 2.º, anglicanos; 3.º, metodistas; 4.º, congregacionalistas; 5.º, baptistas; 6.º, presbiterianos.  
7.200,000 personas están distribuidas en ese diagrama, donde muchas sectas pequeñas no están representadas.

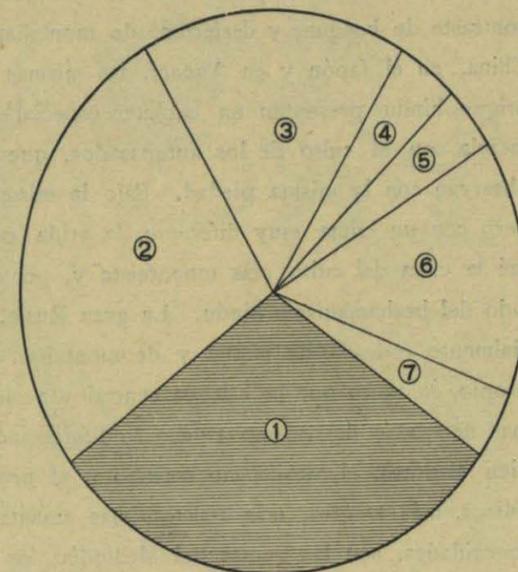
por actos directos de su voluntad; pero esas cifras son seguramente exageradas, porque, por grandes y numerosas que parezcan las iglesias, no bastan en las ciudades populosas para contener la décima parte de los habitantes — sea en París cien mil personas — y, en los campos, es notorio que los hombres asisten á misa en proporciones infinitesimales: veinticinco personas sobre treinta mil cumplen con la Iglesia en un pueblo de las inmediaciones de París<sup>1</sup>, y aun puede preguntarse cuántos individuos de esos veinticinco se han arrodillado por interés hipócrita ó por respeto mundano.

Las mismas preguntas no contestadas se presentan en todos los demás países, y puede decírsenos, por ejemplo, á propósito de España y de Italia, que las poblaciones son esencialmente católicas, mientras lo contrario se afirma igualmente, la perfecta indiferencia en materia religiosa de una parte de los habitantes contrasta con un

<sup>1</sup> G. de Rivalière, *Revue Blanche*, 12 Febrero 1898, p. 196.

viejo fetichismo prehistórico, cristianizado á la superficie. Las estadísticas más aproximadas son las de las colonias autónomas que forman parte del imperio Británico y las que publican las diferentes sectas de los Estados Unidos, luchando siempre por aumentar el número de sus fieles, que son al mismo tiempo contribuyentes voluntarios.

De todos modos, todas las pretensiones de la Iglesia católica á llamarse «universal» ó solamente «ecuménica» quedan sin valor; esa fracción del mundo cristiano debe limitarse á reivindicar el primer rango desde el punto de vista numérico entre las diversas iglesias establecidas que se reparten la cristiandad: á unos 250 millones de hombres, ó sea una séptima parte de la humanidad, se puede evaluar actualmente, no los católicos propiamente



COMPOSICIÓN RELIGIOSA DE LAS PRINCIPALES COLONIAS INGLESES: CANADÁ, EL CABO, AUSTRALASIA

1.º, católicos; 2.º, anglicanos; 3.º, metodistas; 4.º, congregacionalistas y luteranos; 5.º, baptistas; 6.º, presbiterianos; 7.º, Iglesia holandesa.  
10.500,000 personas están repartidas en ese diagrama, la casi totalidad de los habitantes del país de que se trata.

dichos, sino los que por educación religiosa y moral, han sido más ó menos los pupilos de lo que fué en otro tiempo la «Santa Madre Iglesia».

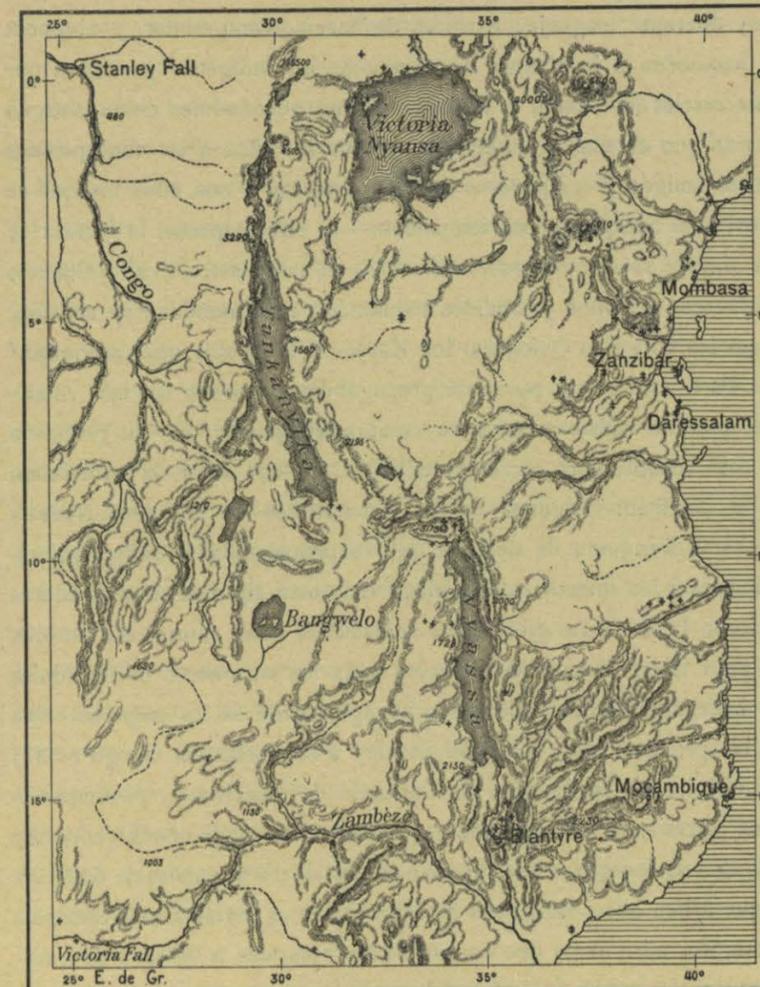
Las principales religiones del género humano, aunque entremezclándose mucho en numerosas comarcas, se conforman sin embargo de una manera general á las condiciones del suelo y del clima. Los países sin unidad geográfica, donde pequeñas tribus incoherentes presentan la mayor diversidad por la constitución política, son también los que más difieren unos de otros por sus religiones: feti-

chistas, animistas y naturistas en diferentes proporciones. Tal es el caso del Africa interior aparte de los países musulmanes. La mitad oriental del Asia constituye una vasta extensión de territorio, en el cual las religiones de divinidades y de genios innumerables tienen por lugar de origen la maravillosa península de la India con sus plantas, sus animales y sus pueblos tan variados y su admirable contraste de bosques y desiertos, de montañas y llanuras; pero en China, en el Japón y en Annam, las mismas religiones que tienen origen hindu presentan un carácter especial á consecuencia de su mezcla con el culto de los antepasados, que todos los habitantes observan con la misma piedad. Bajo la misma latitud que la India, pero con un clima muy diferente, la árida península de la Arabia fué la cuna del culto más monoteísta y, por consiguiente, más alejado del brahmanismo hindu. La gran Rusia, llanura inmensa, parcialmente rodeada de mares y de montañas, tiene su cristianismo propio, en tanto que la Europa central y occidental tiene otras formas derivadas del mismo tronco y diferenciadas en dos categorías bien distintas, el catolicismo romano y el protestantismo. Los católicos, más alegres, más artistas, más amantes de la luz y de las sonoridades, son las gentes del Mediodía; los protestantes, más reflexivos, más lentos, más calculadores, son las gentes del Norte, pero con numerosas excepciones que se explican históricamente para cada pueblo por las conquistas, las expulsiones, los conflictos políticos y las condiciones particulares del medio social.

En su marcha invasora á través del mundo, la civilización occidental va acompañada con paso desigual por las religiones oficiales de los Europeos, catolicismo y cultos protestantes; los pueblos de toda raza acaban por aceptar las prácticas industriales, lo mismo que las explicaciones lógicas de la ciencia aportadas por los iniciadores, y si no acogen su religión es en realidad porque la mayor parte de los recién llegados no la profesan de veras: no es para ellos más que un entretenimiento en la vida diaria, aparte de que no puede fundarse sobre el razonamiento; á cada uno de los misterios de la fe cristiana podría responder el evangelizado por un misterio pagano no menos absurdo, aunque igualmente natural desde el punto de vista de la psicología infantil. Mas, aparte de los misioneros

oficiales, muy pocos son los Europeos que tengan el menor empeño en propagar su fe: no ponen seriedad más que en los negocios; si se

N.º 584. Misiones del Africa Sud oriental.



1 : 16 000 000  
0 200 400 800 Kil.

Según el atlas de las misiones, las cruces sencillas indican residencias de misiones protestantes; las cruces dobles, de misiones católicas. No se han tenido en cuenta las iglesias para funcionarios públicos.

toman la molestia de practicar sus ritos es con perfecta indiferencia. En cuanto al proselitismo de los misioneros, queda ordinariamente

sin efecto; porque, ó esas buenas gentes, porque se trata de propagandistas sinceros, se atienen á sus dogmas precisos, á sus logomaquias teológicas, á sus tradiciones y á su jerga de iglesia y en absoluto no son comprendidos por sus oyentes, acostumbrados á muy diferente lenguaje; ó tratan de hacerse comprender, y entonces se acomodan á la manera de pensar de los indígenas y acaban por parecérseles intelectual y moralmente, no quedándoles de su antigua fe más que el cuadro exterior en el que introducen las concepciones de sus amigos y compañeros nuevos; predicán y son ellos los que se convierten aunque inconscientemente. Á este respecto, la lectura de los *Anales de la Propagación de la Fe* es muy instructiva. ¡Cuántos misioneros sencillos y cándidos hablan con toda humildad de corazón, como los Cris, los Quichúas, los Karens ó los Lolos que catequizar!

Pero esas almas puras de propagandistas no son las más comunes entre los misioneros, y se comprende, puesto que su profesión es casi siempre una carrera retribuida, no una obra de entusiasmo y de sacrificio. Algunos de los «mensajeros de la Buena Nueva» tienen la franqueza de declarar que su propaganda se refiere principalmente á los intereses del tráfico. Así como algunos conquistadores hicieron brillar á los ojos de los soldados el botín futuro, así también tal gran viajero ha podido volverse hacia los misioneros mostrándoles los beneficios que les valdrían la evangelización de los paganos. Una de las primeras cosas que hizo Stanley á su vuelta del Congo (1884) fué dirigirse á las Cámaras de Comercio de Manchester, participando á los mercaderes reunidos que en la cuenca fluvial de donde venía hay millones de indígenas que no usan camisa de día ni camisa de noche, y lo que deben hacer las gentes de Manchester es enviar á esas comarcas numerosos misioneros que enseñen á los naturales á vestirse decentemente, y la consecuencia cierta de esa nueva cruzada será la importación enorme de tejidos de Manchester. «También vosotros — dirigiéndose á los fabricantes de Sheffield —, también vosotros, hombres de Sheffield, no tenéis más que enviar muchos evangelistas á la cuenca del Congo para que desechen la repugnante costumbre de comer con los dedos, y les venderéis muchos cuchillos, tenedores y cucharas»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Edward Carpenter, *Human Review*, Octubre 1900.

Sería injusto creer, á pesar de esa excitación al lucro dirigido á los misioneros ingleses, que no impulsen otros móviles más elevados á muchos, ó la mayoría quizás, de los que van á predicar su fe cristiana á países lejanos. Los Ingleses son grandes propagandistas: en cuanto tienen una convicción religiosa, social, económica ó de otro género tratan de extenderla. Es esta una necesidad de la naturaleza humana, mas parece que ellos manifiestan á este respecto mayor celo y perseverancia. ¿Obrarán solicitados por la felicidad de unirse moral é intelectualmente con su prójimo? ¿Sentirán un impulso altruista más impetuoso que los demás hombres? El conjunto de su carácter, tal como nos aparece en la historia, no justifica esa hipótesis, sino que por el contrario, el Inglés ofrece con frecuencia, aun con sus propios compatriotas, algo de rudo, de cerrado, de «insular» que le asemeja en pequeño á su territorio geográfico, aislado de Europa. Lo que explica el fervor de los propagandistas ingleses parece ser principalmente la estrechez relativa del horizonte en que se concentra toda su fuerza de voluntad: el mundo que ven desarrollarse en su rededor no tiene la misma amplitud que sobre el continente, y dedican mayor energía á la obra parcial que se proponen. Ya, en el período pre-romano, los druidas bretones de la gran isla enviaban misioneros á las Galias para convertir los habitantes á una fe más viva<sup>1</sup>: después, cuando los Ingleses se hicieron cristianos, se entregaron con extremado celo al aumento del número de sus hermanos en la fe; sus misioneros se esparcieron á lo lejos en las regiones septentrionales del continente, predicando la nueva doctrina. Luego, ante las guerras sociales producidas por el monopolio del suelo y la miseria de los campesinos, las reivindicaciones solían revestir una forma religiosa, como si la multitud tomara con empeño el precepto del Evangelio: no solamente de pan vive el hombre, sino también de la palabra de Dios. Del mismo modo, el derrumbamiento temporal de la monarquía y la proclamación de la república en el siglo XVII fueron precedidos de una guerra que, entre los vencedores, tuvo por móvil principal un fanatismo religioso, á la vez judaico y cristiano, inspirado por la lectura asidua de los

<sup>1</sup> César. — Ern. Desjardins, *Description de la Gaule romaine*.

dos Testamentos. Por último, el acontecimiento capital y decisivo en la población de la América del Norte, el hecho que contribuyó más al desarrollo de la futura república de los Estados Unidos, ¿no fué el éxodo voluntario de los peregrinos del *Mayflower*, que desembarcaron en 1620 sobre la roca de New-Plymouth?

Pero, sea cual fuere la parte de sincera idea de sacrificio que anima á muchos misioneros británicos, no es menos cierto que los



LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE FRENTE  
Dibujo de Lucien Biard (1860).

instintos de comercio y el fanatismo imperialista han ejercido también su influencia en el movimiento de las misiones protestantes y han solido dar lugar á graves consecuencias políticas, impulsando á intervenciones guerreras en Africa, en Oceanía y en los países del Extremo Oriente. En cuanto á los misioneros católicos, se ha repetido con frecuencia que debían sobresalir por su entusiasmo sobre los propagandistas protestantes, porque son obligados por el voto de obediencia y que no han de ocuparse de ambiciones de familia. Esto es parcialmente verdad: en los países en que el clero católico no puede aspirar á ningún dominio político, por ejemplo, en la Gran Bretaña y en las colonias inglesas, excepto el Canadá, sabe conducirse con tacto y abnegación; sus miembros son escogidos con cuidado y su valor personal es muy superior al de sus colegas protestantes. En las grandes ciudades de Escocia, únicamente los curas católicos no vacilan en habitar en los barrios populosos, en vivir como pobres en medio de los pobres, asistiendo benévolamente á sus ovejas durante todo el año; los ministros presbiterianos necesitan, por el contrario, la vecindad distinguida, la comodidad higiénica, las bue-

nas vacaciones de estío; en resumen, estos últimos pertenecen á otra clase de la sociedad. El mismo contraste se observa en las misiones hindus. Pero cuando el clero católico puede hablar como dueño, su acción es muy diferente; la jerarquía de que es esclavo le induce á buscar la gloria y el interés de la Iglesia, sin que nada pueda detenerle en su pasión de adquirir el poder y la fortuna. Recientemente las intervenciones europeas en China han demostrado hasta qué grado de cinismo

había llegado la ingerencia de los misioneros católicos en los negocios interiores del imperio. En Indo-China son todavía peores para los indígenas, porque son los dueños absolutos del país, gracias á las influencias ocultas que ponen el gobierno oficial á su disposición. No solamente se dedican á la trata, que en estilo piadoso se llama el «rescate de los cautivos»; no solamente se rodean



LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE PERFIL  
Brasil, provincia de Espiritu Santo.

de la población despreciable que rompe los lazos que le une con la familia y con el municipio para lograr su objeto por la adulación y las prácticas infames, sino, lo que es más grave aún, crean el pauperismo apoderándose de las tierras comunales. Hábiles para aprovecharse de las dificultades en que hacen caer á las villas annamitas los gravosos impuestos, les prestan dinero á gran interés, hipotecado sobre los arrozales comunales, y en pocos años, arruinados por los réditos, se ven obligados á vender. Los Padres redondean sus bienes á expensas de los campesinos, y la mendi-